

DEBORAH TANNEN (1994), *Género y Discurso*, Barcelona, Paidós (Comunicación/92), 1996, Trad. de Marco Aurelio Galmarini, 237 pp.

Calero Vaquera, María Luisa

Universidad de Córdoba, Departamento de Filología Española y sus Didácticas, Área de Lingüística General, Facultad de Filosofía y Letras, Plaza del Cardenal Salazar. s/n, 14004 Córdoba, Tfno. (957) 218816, Fax. (957) 218788/89, e-mail: felcavam@lucano.uco.es.

(Recibido Diciembre 1996; aceptado Febrero 1997)

BIBLID [1133-682X (1995-1996), 511-515.]

El nombre de Deborah Tannen no resulta ya desconocido para el gran público español aficionado a la lectura: su obra *You just don't understand: Women and men in conversation* (1990) ha aparecido recientemente traducida al castellano en una editorial de gran difusión y no especializada (al menos no especializada científicamente), con el título *¿Tú no me entiendes!* (Círculo de Lectores, Barcelona, 1992). La autora, profesora de Lingüística en la Universidad de Georgetown, había publicado con anterioridad, también en versión española, *¡Yo no quise decir eso!* (en inglés: *That's not what I meant!*) en la misma editorial en la que ahora aparece el libro que aquí presentamos.

La obra reseñada no es sino una recopilación de sus artículos sobre género y discurso, enfocados desde una doble perspectiva: sociolingüística y antropológica. Los trabajos aquí presentes se enmarcan, precisando algo más, en la vertiente de la pragmática que viene denominándose "análisis del discurso". En cuanto al enfoque teórico y metodológico que Tannen da a sus escritos proviene, según confesión propia, de sus maestros Robin Lakoff y John Gumperz, autorizados nombres en el campo de estudios sobre el lenguaje femenino y sociolingüística, respectivamente: "Según esta visión, algunas frustraciones en las conversaciones entre mujeres y hombres pueden comprenderse en referencia a diferencias sistemáticas en la tendencia de unas y otros a asignar significados en la conversación" (pág. 19), entre hombres y mujeres se dan "diferencias de estilo conversacional que desembocan en juicios sistemáticamente erróneos" y que "colocan a menudo a las mujeres en posición subordinada en interacciones con los hombres" (pág. 22). A este propósito, califica de desafortunada la dicotomía **diferencia / dominación** establecida por los investigadores de lenguaje y género: y ello porque no los considera conceptos incompatibles o excluyentes; en efecto, la "diferencia" no impide la "dominación": "Por el contrario, el marco de la diferencia cultural proporciona un modelo

para explicar cómo se puede crear la dominación en la interacción cara a cara” (pág. 21). En definitiva, “la dominación y la subordinación se *construyen* en la interacción”, en el diálogo. Este es uno de los principios de la sociolingüística interaccional: los roles no están dados, sino que se crean en la interacción. Tannen cree que la dominación puede llegar a aparecer en la interacción conversacional incluso sin que se dé la permanente intención de dominar.

Y destacaremos en la introducción un último comentario de la autora sobre la dicotomía **naturaleza / cultura**, polarización también habitual en los estudiosos del género: a su juicio, no debe ser asunto del que deban ocuparse los lingüistas (que han de limitarse a describir los modelos de lenguaje observados y no a cuestionarse sobre los orígenes de las diferencias de género ni de otras diferencias lingüísticas) sino más bien de los antropólogos; no obstante, se inclina por considerar la socialización como principal fuente de los modelos de conducta.

En el primer capítulo del libro (*La relatividad de las estrategias lingüísticas*) figura el siguiente subtítulo: “Repensar el poder y la solidaridad en el género y la dominación”, que nos puede dar la clave para su mejor comprensión. Tannen se afana aquí en demostrar, con variados ejemplos prácticos, que las estrategias lingüísticas usadas en la interacción conversacional no deben asociarse necesariamente a una única función semántica, sino que pueden tener significados muy diversos: pueden ser tanto ambiguas como polisémicas. En este sentido, el ensayo pretende matizar las terminantes conclusiones de algunos investigadores que asocian indisolublemente el circunloquio, el silencio, la menor proposición de temas y la cooperación conversacional con el discurso femenino, en tanto que actitudes verbales opuestas, como el lenguaje directo, la facundia, la interrupción, la mayor propuesta de temas y la “adversatividad” (o conflicto verbal) serían característicos del discurso masculino. Y todo ello como una muestra más de la dominación del varón sobre la mujer. Tannen no pretende negar la existencia de tal circunstancia, como parece razonable, sino simplemente llamar la atención sobre la ligereza con que a veces se dictamina acerca de las peculiaridades del lenguaje femenino: porque “el circunloquio no es en sí mismo una estrategia de subordinación” (pág. 44), ni el silencio significa siempre impotencia, ni el hablante que propone más temas es necesariamente el dominante... Y con el fin de demostrar sus tesis subraya una vez más la importancia de múltiples factores presentes en el discurso que suelen pasarse por alto en el análisis: “Al tratar de comprender cómo los hablantes usan el lenguaje se debe considerar el contexto [...], los estilos conversacionales de los hablantes y, lo que es más decisivo aún, la interacción mutua de sus respectivos estilos” (pág. 55).

Justamente, en el capítulo 2 (*La interpretación de la interrupción en la conversación*) la autora se centra en refutar la extendida idea de que el hombre, en el transcurso de la conversación, interrumpe a la mujer mucho más que la mujer al hombre, interpretándose generalmente tal circunstancia como un nuevo indicio de la dominación masculina. Para fundamentar su distinta opinión, Tannen acude a argumentos de diferente índole: metodológicos (no existen criterios absolutos para reconocer una interrupción;

algunos hablantes pueden percibir como interrupción intercambios que no lo son para otros), sociolingüísticos (la interrupción no siempre implica obstrucción: a veces puede suponer apoyo y cooperación, como en el caso del llamado "duo conversacional") y éticos (cuando personas que se identifican como diferentes desde el punto de vista cultural tienen diferentes estilos conversacionales, sus modos de hablar se convierten en base de estereotipos negativos).

De nuevo Tannen sigue las orientaciones de Gumperz en su intento de probar (capítulo 3: *Diferencias de género en la coherencia conversacional*) que la diferencia discursiva existente entre los dos sexos no es sino un aspecto más de la diferencia intercultural: "Las maneras de señalar intenciones y significados y las maneras de constituir el contexto de comunicación no son universales, sino culturalmente relativas" (pág. 130). En su estudio experimental, basado en cintas de vídeo con sujetos de diferente edad y sexo, Tannen pretende describir la *actitud física* ("la manera en que los hablantes, cada uno en relación con el otro, colocan la cabeza y el cuerpo y dirigen la mirada") y la *cohesión temática* ("la manera en que los hablantes introducen y desarrollan temas en relación consigo mismos y con el discurso anterior y proyectado de los demás") (pág. 94) mostrada por esos grupos de individuos. El resultado de la descripción se resume en que, con respecto a la actitud física, las niñas y mujeres se orientaban recíprocamente de modo mucho más directo que los niños y los hombres; y, con relación a la cohesión temática, la conversación de las niñas y mujeres parecía más centralizada, mientras que la de los sujetos masculinos era más difusa, y tendían a hablar "en paralelo" (esto es, cada uno hablaba de sus propias preocupaciones). Pero, a pesar de estos hallazgos de diferencias de género, Tannen cuestiona la conclusión que algunos investigadores extraen de esos datos, según la cual los varones no se "comprometen", no se "implican" en la conversación tanto como las féminas. En su opinión, mujeres y hombres, niños y niñas muestran implicación y coherencia en el discurso sólo que de formas diferentes, pero igualmente válidas. A esta manera de encarar el asunto se la denomina "enfoque intercultural de la conversación intergenérica", suministrado originariamente por Gumperz (1982): los locutores de diferentes culturas emplean diferentes señas de contextualización (entonación, volumen sonoro, elección del léxico...), distintas formas de señalar actividades similares del habla; en la comunicación intercultural es probable que esas señas sean ignoradas o mal interpretadas, de ahí la falta de entendimiento que puede surgir. En ese mismo sentido, también varones y mujeres desarrollan normas y hábitos diferentes para establecer su implicación conversacional: "estas diferencias 'culturales' explican los modelos diferentes que se observan entre niñas y niños y entre mujeres y hombres, así como las evaluaciones mutuamente negativas que a menudo resultan de las interacciones intergenéricas" (96). Los modelos masculinos de implicación conversacional no indican, pues, falta de atención o de compromiso, sino más bien normas diferentes para establecer y mostrar esa misma implicación conversacional.

El capítulo 4 (*Estrategia y metaestrategia conversacional en una teoría pragmática*), escrito en colaboración con Robin T. Lakoff, resulta especialmente útil para

los teóricos de la comunicación. Plantea en primer lugar si es legítima la utilización de un diálogo de ficción (literario) para un análisis lingüístico, a lo que se responde que tal método es perfectamente legítimo, pues “el diálogo artificial puede representar un modelo o esquema internalizado para la producción de conversación, un modelo de competencia al que los hablantes tienen acceso” (pág. 140). Despejada esta duda, se pasa al análisis de la obra *Secretos de un matrimonio*, de Ingmar Bergman, de donde se seleccionan una serie de diálogos entre los protagonistas, Johan y Marianne, para descubrir cuáles son las estrategias lingüísticas empleadas por cada uno de ellos: el estilo de Marianne refleja una combinación de deferencia y camaradería, a veces resulta pueril, sensiblero, peca de verborrea ...; el estilo de Johan es distante, emplea el sarcasmo y la ironía, la pontificación, la generalización, la complejidad oracional... Una vez analizados los ejemplos del uso individual que los protagonistas hacen de sus respectivos estilos, se examina de qué manera el empleo cooperativo de esos estilos funciona en la dirección de una “identidad pragmática” (el empleo de los mismos recursos para lograr idénticos fines), una “sinonimia pragmática” (la utilización de diferentes recursos lingüísticos por parte de ambos hablantes para lograr fines similares) y una “homonimia pragmática” (el empleo de recursos lingüísticos similares para lograr fines divergentes). Las conclusiones que se desprenden de este examen de interacción de una pareja apuntan a que “las estrategias de Johan y de Marianne armonizan en el nivel de la forma superficial”, mientras que “en el nivel de la intención más profunda entran en conflicto; pero, una vez más, armonizan en el más profundo y menos accesible de los niveles, el del efecto sobre el otro participante; y el efecto final de las estrategias comunicativas de la pareja es la complicidad, esto es, un acuerdo implícito o una metaestrategia para evitar la comunicación real” (pág. 166). Relaciones, pues, de armonía y conflicto que generan una estrategia comunicativa paradójica que, en última instancia, impide a los interlocutores satisfacer sus necesidades comunicativas.

Aunque en el capítulo 5 (*Estilo étnico en la conversación entre hombres y mujeres*) se presenta un enfoque metodológico radicalmente distinto del utilizado en los restantes ensayos del volumen, hay, sin embargo, coincidencia en sus respectivos propósitos: el análisis de las incomprendiones resultantes de diferencias de estilo, el uso del circunloquio en la conversación entre el hombre y la mujer y una comparación de las estrategias conversacionales de griegos y norteamericanos (varones y mujeres). Este capítulo se ocupa más directamente de los problemas de variación cultural y de modelos de enfoque indirecto que de diferencias de género, pero la autora justifica bien su inclusión en este volumen sobre discurso y género apelando al hecho de que “la perspectiva intercultural es un elemento decisivo que no debe perderse de vista a la hora de abordar los problemas de la variación relacionada con el género” (pág. 172).

Se propone en el último capítulo del libro (6: *Las maneras de hablar ligadas a una clase sexual en el trabajo*) un nuevo marco teórico para conceptualizar la relación entre lenguaje y género. En este marco se abordan las maneras de hablar como ligadas a una **clase sexual** (ya sea masculina ya femenina) antes que a miembros individuales de una u otra. El

capítulo está extraído de su libro *Talking from 9 to 5* (1994), donde Tannen se ocupaba de describir cómo hablan las mujeres y los hombres en el contexto laboral. Se presentan y analizan dos ejemplos de conversaciones grabadas en el lugar de trabajo para ilustrar: 1^o) de qué manera el estatus del hablante afecta tanto a las estrategias lingüísticas empleadas como a la manera en que se las interpreta, partiendo de la hipótesis de que cuando la gente habla entre sí en el lugar de trabajo es muy probable que las relaciones jerárquicas ocupen el primer plano en la interacción de los individuos; y, en efecto, el objeto de la investigación de Tannen consiste en examinar las consecuencias de las relaciones jerárquicas sobre la intercomunicación; 2^o) la adscripción de las estrategias lingüísticas a una determinada clase sexual, siguiendo a E. Goffman (1977): “El género no es una cuestión de identidad -modos de conducta intrínsecos y “dados”, se quiera o no-, sino una exhibición, elegida de un abanico de conductas posibles y que unen a los hablantes con otros hablantes de una clase sexual” (pág. 210). La autora, además, con este último ensayo intenta desmontar dos concepciones muy extendidas en la literatura sobre lenguaje y género que, a su juicio, son erróneas: la primera es que el estatus y el contacto son polos mutuamente excluyentes (por el contrario, según Tannen en cada momento de la interacción están ambos en juego y se entrelazan); la segunda es que el enfoque de “diferencia cultural” y el enfoque de “dominación” son mutuamente excluyentes, como ya se dijo (por el contrario, en opinión de la autora las relaciones de dominación y las influencias culturales de todo tipo están en juego durante la interacción).

Hasta aquí nuestra breve descripción de los contenidos que pueden hallarse en el último libro de Deborah Tannen, el cual viene a sumarse a la bibliografía (original o traducida) cada día más extensa que sobre lenguaje y género se produce en español. El rasgo más destacable de la obra reseñada es, en opinión nuestra, su condición de instrumento desmitificador de ciertos lugares comunes que se han introducido en la literatura sobre género y discurso: con riguroso análisis y sobre una base experimental inapelable rebate, cuando es necesario, teorías de escaso fundamento aunque de aceptación amplia. El libro, que en última instancia se inscribe en la corriente pragmática, no es en su conjunto sino una prueba más en favor de la relatividad con que se debe enfocar toda conclusión adoptada en abstracto sobre los fenómenos lingüísticos: porque “el lenguaje es su uso”, como ya advirtió L. Wittgenstein, y es a partir de su empleo efectivo de donde se deben extraer los juicios sobre cualquier hecho de lengua.